

LA BANDA MUNICIPAL CUMPLE CINCUENTA AÑOS



Al clásico e ingenuo quiosco del Retiro siguió la construcción del que durante muchos años se levantó en el paseo de Rosales, al final de la calle del Marqués de Urquijo. Como el primero, tuvo, con las actuaciones de la Banda Municipal, la plena aceptación de los madrileños. El fallecido maestro Villa, primer director de la corporación, dirigió en él muchos conciertos.—Foto Muro.



Jesús Arámbarri, actual director de la Banda Municipal. Naturaleza, Bilbao. Naturaleza de adopción en el espíritu, la capital de España. Aparece aquí contemplando la "Marcha de Madrid", que pautó Carlos V y que el maestro hizo sonar por vez primera en solemne ceremonia municipal.—Foto Porras.

UNA ENTRAÑABLE TRADICION MADRILEÑA

EN estos días se cumplen cincuenta años de que se fundara la Banda Municipal de Madrid por el entonces alcalde, conde de Peñalver, y con el maestro Ricardo Villa, su primer director, al frente. Medio siglo de servicio a nuestro noble arte, poniéndolo al alcance del pueblo madrileño con constancia, amor y exigencia, bien merecía la celebración que ha dispuesto nuestro Ayuntamiento, que, al honrar a la madrileñísima agrupación, nos honra a todos los músicos y se dignifica a sí mismo. Y que la gratitud a la banda es algo que está en el ánimo de todos se ha demostrado venturosamente en esta alegre recordación que, a la medalla de plata de Madrid, añade la de oro de la Diputación provincial, la del Círculo de Bellas Artes y la corbata para el estandarte, del Círculo de la Unión Mercantil, además de la encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, concedida por el Ministerio de Educación Nacional al director y subdirector, maestros Arámbarri y Echevarría—Martín Domingo ya la poseía—. Y si a esto añadimos los aplausos fervorosos, el cariño y el orgullo de Madrid por su banda—una de las mejores, en su género, de Europa—, comprenderemos fácilmente el clima cordial que los actos celebrados han tenido; que es justo y hermoso contemplar cómo las distinciones oficiales son el reflejo verdadero y realísimo de un afecto, un respeto y una admiración merecidos día a día, con la honesta dedicación que no repara en sacrificios para lograr el soñado ideal de perfección que ha de derramarse generosamente. Jesús Arámbarri, ganado por Madrid a su Bilbao querido; Victorino Echevarría y Martín Domingo, resumen en sí las virtudes que han hecho posible la prestigiosa tradición madrileña, que recogieron de batutas tan ilustres como las de Ricardo Villa—cuyo nombre ha estado presente en todo momento en esta conmemoración—, Manuel López Varela o Pablo Sorozábal.



Este es el primer marco que tuvo para sus actuaciones la Banda Municipal: el Retiro. Persiste, pese a todos los proyectos de mayor ambición. A su alrededor, durante cincuenta años, el Madrid más diverso y entrañable se ha congregado en las noches estivales o en las tibias mañanas de la primavera en un máximo esparcimiento espiritual.—Foto Torremocha.

El programa de los actos celebrados ha sido completo: el piadoso recuerdo dedicado a cuantos, hoy fallecidos, de una forma u otra contribuyeron a fundar, mantener o perfeccionar la banda, en una misa de réquiem celebrada en Nuestra Señora la Real de la Almudena; después, claro es, los estupendos conciertos—uno de gala, en el teatro Español; otro popular, con el mismo programa, en el Retiro—, dirigidos por los tres maestros: Arámbarri, Echevarría y Martín Domingo, en los que las casi milagrosas posibilidades de buen sonido—no puede tocar mejor una banda—hicieron su alegre alarde con "La Walkyria", de Wagner; "Oberón", de Weber; "Marcha Solemne", de Villa, y la "Sinfonía Alpina", de Strauss—en admirable transcripción de ese músico por los cuatro costados que es Julián Menéndez—, con la rotunda rúbrica de "La boda de Luis Alonso", como propina ante las ovaciones. Y, por último, el agasajo ofrecido por el alcalde a los maestros y profesores. En uno y otro acto palabras amistosas, cordiales, casi familiares, del alcalde, del marqués de la Valdavia, del concejal delegado, Muñoz Lusarreta, de nuestro compañero Fernández Cid, del maestro Arámbarri. La pequeña historia—que hace la grande—fué evocada. Y, entonces, se vió que hablar de la banda era como hablar de Madrid: tan íntimamente ligada está la institución a nuestra capital. Y en ello está la recompensa mejor y más querida de los profesores, en sentirse parte viva y entrañada en la ciudad que les rodea y asiste. En esos aplausos, que semana tras semana llegan directos, espontáneos, ingenuos en ocasiones, y que son el premio ofrecido por quienes un día encontraron un insospechado mundo maravilloso en el paisaje sonoro que nuestra banda, en su trono del Retiro, desplegaba en el sutil aire madrileño.

Fernando RUIZ COCA